

CANTIGA DE SERRANA

...Siempre se me vendrá á miente
de esta serrana valiente
Gadea de Riofrío...

ARCHIPRESTE DE FITA

Paisaje de sierra. A la izquierda una cabaña miserable. En el fondo, hacia la derecha, el paso de un puerto. Toda la parte derecha de la decoración la forma la vertiente de un collado, incomparablemente más alto que el que tiene su cima en la escena, y que con él viene á constituir una cañada y el paso del puerto, al fondo. Detrás del puerto, todavía cimas de montes, y en la lejanía cumbres nevadas. Vegetación en el collado de la escena y hasta medias cumbres en el lateral derecho. Cielo de tarde en primavera. Celajes y vagas nieblas sobre el valle de traspuerto, que el sol tiñe y matiza, policromándolas según la tarde avanza.

Delante de la puerta de la cabaña, bajísima (esta cabaña, como todas las de monte adentro, no es sino la cubierta del hato donde duermen los pastores), habrá, entre unas piedras ahumadas, restos de un hogar. Otras piedras con pellizas de carnero, donde sentarse. Cayados y algún zurrón.

Con la cabeza apoyada contra una de estas piedras y los brazos cruzados, abrigándole el rostro, duerme, tendido á medias delante de la choza, un hombre.

Usa el ayío de un fronterizo de calidad en los tiempos de Don Juan II: mitad militar, mitad montero. Supongamos un Iñigo de Mendoza, sin lo que tuvo el marqués de cortesano; jovial, indiferente, sano y enamorado de la sierra; pero mujeriego y venal como el Arcipreste.

Y vamos á imaginar una escena como tantas que pudieron dar origen á estas indefinibles églogas castizas que, con el nombre de «Cantigas de serrana», son la flor más jugosa de nuestros «Cancioneros», y que ya degeneradas y corrompidas en Juan del Encina, constituyen el primer esbozo teatral de nuestra escena.

Duerme, pues, el galán á la puerta de la «chabola», prolongando su siesta en la calma sedante de la altura. Desciñó el cinto y tiene su espada apoyada contra las piedras del muro, sobrepuestas, sin adobe. Llega del valle y sonará, como un «ritornello», dos ó tres veces durante el transcurso de este esbozo, un son de esquilas. Unos instantes de silencio.

GADEA

Suena su voz detrás del puerto, cantando, en una salmodia infinitamente dulce y melancólica.

¡Yo non lo dijera
que la soledad del monte
tal compañía me hiciera!...

Con los gritos especiales de los pastores que hablan al rebaño.

¡Ah, de la Trisca!... ¡Y qué filos esgrimes en la encornada que rompes, á cada tope, las cuerdas de la majada!
¡Válame Dios, si no cejas, que te tire la cayada desde los claros del puertol...
¡Pero no para en el daño,

la gafa cabra, que cuido que va á dar suelta al rebaño, por el boquete que ha abierto!...

Asoma en lo alto del puerto Gadea de Riofrío, una serrana. Lleva la cayada al hombro, las manos sobre ambos extremos de la cayada y el cabello en maraña, dando al busto una bravura hirsuta de alimaña selvajina. Va casi descalza, con un corpiño blanco de lino; la falda corta y algunos collares y zarcillos rústicos al cuello. Se recorta su figura sobre el fondo del infinito horizonte, la nimba el sol de la tarde en un relieve de oro. Gadea volverá nuevamente el cuerpo y la voz en dirección al valle, siempre con la cura del rebaño que deja en la majada.

¡Menga!...

Suenan, en el valle, lejanísimas, unas risas de mozueta.

¿También tú retozas?...

MENGA LA FITA

Su voz, desde el valle.

¿Llamas?...

GADEA

¡Sí, Menga la Fita!

¿tedrásme cuenta al rebaño, mientras doy vuelta del hato?

MENGA

¿Va á darme guerra? que entonces ¡Dios haga de él buen barato!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"EL FONSO DE YES"
AV. 1025 MONTERREY, MEXICO

GADEA

¡Ninguna te dará guerra, sino esa que se encabrita;
que anda bebiendo los aires de que le quité el chivato!

MENGA

¿Topaste con caminante, que vas á hacerle visita?

GADEA

¿Si topé con caminante? ¡como que se ve en la cuita!
¡Pues sí, topé!... ¡caballero
venía en rocín overo,
las botas altas de cuero, las dos calzas carmesí:
¡con él, si tú no lo vedas, casaré por Santa Rita,
que me dió, en fé de marido, su broche de aljofar y
lo que se da, no se quita!

Una larga risa de Menga en el valle:
Gadea la saluda con la mano, da rostro
á la chabola y dice, apretándose el co-
razón en un puño:

—¡Ay, Menga, y si más supieras de lo que me canta aquí,
más burlarías de mí!

Escudriña desde lejos la puerta de la
chabola con sus ojos vivos de alimaña
montaraz.

—¡Sí; me espera!... ¡ten el hipo, que vas á hartarte, goloso
de corazón!... Si me viera
que le escudriño de lejos ¡los aspavientos que hiciera
él, que de toparme sólo, se aspaventó, tan verboso!

Llega de puntillas junto al que dor-
mita.

¡Galán es!... La galanía
tiene, hasta dormido, en esta
manera de hacer reposo, con la figura compuesta,
que no es de la serranía...

Alejándose unos pasos, como para no
despertarle; pensativa.

—¡Se me acuerda de mi padre que me hizo la profecía
del amor; y de mi hermana, cuando regresó del hato
toda llorosa, aquel día;
que como quiso contarnos de qué engaños padecía,
con los sollozos que hacía,
jamás acabó el relato!...
Y así se nos fué atriendo, toda la color perdiendo;
tan blanca un día la ví,
que ya la lloré por muerta... Dos años siguió viviendo;
matáronla sus amores... ¿me pasará igual á mí?

Llegándose otra vez al que dormita.

¡Señor galán!

Como arrepintiéndose de haberle ha-
mado.

¡Si despierta!...

¡Pues despertará!.. ¿y no siento
que, con vergüenza de que me mire, cuando despierte,
primero en estos barrancos me echara á buscar la muerte,
que mis ojos en los suyos detener hito un momento?...
¿Qué me trujo, de su vega con castillos, á estos altos?
¿á mí, tan fragosa, cómo pudo añudarme la greña?
¿qué tengo, de que le vide, que el corazón me da saltos
y en cada brinco me arrastra, que cuido que me despeña?
...¡Si me engañó!.. ¡No me engaña!

—Para nuestros dos amores no va á tener la montaña
sitio, este junio, con tanto que aprietan los retamares;
medrarán de sus dineros
hogaño, los trajineros
que vengan de los lugares:
y, al enero, en todo el monte,
¡no habrá lobato que afronte
la punta de su cuchillo, delante de mi cabaña!

Queda unos instantes pensativa; el
caballero hace ademán de despertar.

— ¡Ya!...

PERO GÓMEZ

Me he dormido á deshora...

Desperezándose ligeramente, se pone
de pie, de un salto. Gadea echa á cor-
rer espavorida hasta cerca del puer-
to. Pero Gómez, fijándose en ella y re-
cordando, grita:

¡Serrana!

GADEA

Deteniéndose, muy ruborizada.

¿Es á mí?

PERO GÓMEZ

¡Gadea!

¿y así me ha trocado el sueño que te asusta un gesto mío?
¿pues cuando te he visto tanto, no dejas ya que te vea,
Gadea de Riofrío?...

Llega, arisca;
¿qué cabra te deja á zaga, si corres cuando ella trisca?
¿pues hay hechizo, en la loma
de estas sierras de Castilla
que, al dormirme, eras paloma
y cuando despierto, ardilla?
¡Llega!...

Pero Gómez la espera con los brazos
abiertos. Ella viene andando lenta-
mente, con una timidez cerril que hará
sonreír al fronterizo.

GADEA

¿Fué el sueño en el monte, como él quería, señor?

PERO GÓMEZ

Fué tal el que me ha cogido
que, como la fruta de hurto lo he gustado y me ha tenido
olor, color y sabor!...
¡Para prepararlo bien la escaramuza ha valido!

GADEA

Ingenua.

¿Pero escaramuza ha habido?

PERO GÓMEZ

¿Pues no recuerdas?

Abrazándola y besándola en el cue-
llo desnudo.

¡De amor!

GADEA

Radiante aunque defendiéndose.

¡Ah, no olvidásteis!

PERO GÓMEZ

Alegre; pero sin pasión.

No olvido

ni lo bien que te he querido,
ni todo lo prometido,
ni los cintillos de aljófar que he de comprar para ti:
¡tanto no olvido, que para volver con todo, Gadea,
voyme depriesa á la aldea!...

*Se dirige á la choza junto á la cual
cine la espada y recompone su atavío,
como para seguir su marcha.*

GADEA

Con mimosa desconfianza.

¿Pues no lo hallárais aquí?

PERO GÓMEZ

¡Gadea!... ¿De cuándo acá
judíos de sierra venden zarcillos por los oteros?

GADEA

Los venden los trajineros
que vienen por esos puertos de Francia y de más allá.

PERO GÓMEZ

¿Y pasan todos los días?

GADEA

Ingénua.

No lejos del paso estamos;
que es para Pascua de Ramos.

PERO GÓMEZ

¡Si tan largo me lo fías!...
Pero amén de los mandados
que he de hacer por ti, Gadea,
me llevan otros cuidados,
mal que me pese, á la aldea;
¡lleváranme, si faltara,
por la fuerza de la ley,
que no estoy para mi gusto cabe el monte, sino para
fronterizo adelantado de los pendones del Rey!

GADEA

¿Y el Rey manda?...

PERO GÓMEZ

A todas horas, tomar la adarga en la mano,
forzar con ella, agrandando su marca estrecha, la tierra
y hacer estrago en los moros y hacer justicia en el llano...

GADEA

¡Y hacer traición en la sierra!

PERO GÓMEZ

¡Gadea!... ¿Qué hidalga enseña tiene á su puerta el chamizo donde, pasando, hice estada, que hablas así?

GADEA

¡Fronterizo!

si es oficio el que tenéis de dar justicia en un daño, ¿no me la diérais agora de un crimen que han hecho antaño por estas sierras de Dios?

PERO GÓMEZ

¿Pues otro hablar no tenemos que de justicia, los dos?

GADEA

¡Que no me escuchéis en este, nada hablaré, fronterizo!
¡Fué en casa mía!

PERO GÓMEZ

¿Y quién hizo
tal crimen?

GADEA

Acaso vos.—

Fué después de la mañana
de una fiesta,
y en una tarde, como esta,
volvió del hato mi hermana,
que en el hato se dejó,
por los fingidos amaños de un galán que la mentía,
¡la misma flor de alegría
que voy á dejarme yo!

PERO GÓMEZ

Queriendo consolarla.

¡Gadea!...

GADEA

.. ¡Y vivió de suerte
que llorábamos su muerte
dos años después!... Señor el fronterizo: ¿pensais
si con el galán topara,
que en buena justicia obrara
segando su cuello, al filo de la espada que llevais?

PERO GÓMEZ

Pienso, si el galán mentía,
que fué traidor aquel día;
pero traiciones de amores
para la justicia humana,
no tienen legisladores...

La culpa fué de tu hermana
que, siendo abeja serrana,
la buena miel olvidó que está en picar muchas flores!

GADEA

Rápida: rechazando el insulto.

¡Lenguaraz!

PERO GÓMEZ

¡No hablo por mí,
que cuanto te he prometido,
pienso traerte á cumplido!

GADEA

¡Desamparándome así!...
Pero no se os logra el hito, que no me asusta la andada
y amigas tengo en el monte que me guarden la majada,
si todas las tardes quiero
de iros á ver á la aldea.

PERO GÓMEZ

¡Da tiempo al tiempo, Gadea,
que por apretar la harina, mejor no cierne el harnero!
—¡También yo quiero, á seguras, tenerte siempre á mi lado!

GADEA

¿Pronto?

PERO GÓMEZ

Muy pronto.

GADEA

¿Mañana?

PERO GÓMEZ

¡Cuando, este mayo, sonría con rosas á la ventana
mi torre de Adelantado!...

GADEA

¡Qué vida!... Y vos no pongáis
ni que yo una carga os sea,
ni que de hurón me sintáis,
á cada paso, en la aldea.
Con nada estaré compuesta:
por todo adorno, al corpiño, las vueltas de la camisa,
velludo para la fiesta,
buen capirote de paño cuando salgamos á misa...
De vuestras joyas os hago
merced; que yo no me pago
de aljofarados joyeles
y más que ajorcas y anillos,
arracadas y cintillos,
quiero vivir al halago
de vuestras caricias fieles,
llevar vuestra fé en el pecho,
partirnos el mismo rayo de sol, dormir bajo techo
y comer pan á manteles!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

PERO GÓMEZ

Pero, siendo por el Rey
fronterizo adelantado,
casar con hembra que, al cabo, no se me iguale en estado
no ha de dejarme la ley...

GADEA

¡Señor lo dijérais antes;
que tomándolo en mis manos, cuando aun estaba en sazón,
rompiera mi corazón
contra esas peñas distantes!

PERO GÓMEZ

¡No, Gadea!... ¿pues á qué
desde hoy, que contigo dí,
yo pasaría los puertos de la sierra, sin la fé
de que los paso por tí?...
—Para el cazador del llano
que se hace un día montero,
¿no ves qué tormento fiero
fuera la sed del verano
si, apartando la espadaña,
por estas agrias vertientes,
la corza de la montaña
no le lleva hasta el rincón de los raudales corrientes?...
Desde mi torre, en el llano, siempre me arrobé, serrana,
de mirar sobre la sierra la estrella de la mañana.
¿Será que en su brillo un lampo de tu mirada lucía?
¿O será que ella sabía?...
Tengo en el llano misión de guardar su tierra al rey;
guardo el pleito á mis vasallos porque ellos guarden la ley;

guardo de la luz mis ojos, los ojos en mi celada,
la mano en la cruz de hierro de las guardas de mi espada:
¡tan sólo á ti no te guardo, gacela mi enamorada;
que dejándote en el monte sé que te dejo amparada,
y sé que nadie al acecho de mi tesoro se atreve,
porque la sierra me guarda tu corazón entre nieve!
Prende esta noche fogata delante de tu chamizo;
yo haré lumbre en mi leal castillo de fronterizo;
mientras me des de tu fuego, yo te daré de mi hoguera.
¡los astros entre las nubes no se hablan de otra manera!...
La semana estímaremos en que nos traerá la fiesta;
la cuesta arriba subiendo no ha de parecerme cuesta:
que tú serás en mi vida mi imagen de devoción,
y esta cabaña, la ermita de mi peregrinación.

GADEA

¡No habléis engaño!

PERO GÓMEZ

¡Lo juro!

GADEA

¿Por quién?

PERO GÓMEZ

¡Por estos senderos
que, desde el llano, á las noches y en lo alto de los oteros,
parecen surcos que le hacen á la sierra, que las bebe,
las lágrimas de la luna, fundiendo, al caer, la nieve!
¡por mi corazón, que dejo metido en este recinto
de tu cabaña, lo juro! ¡por mi lanzón y mi pica!...

GADEA

¡Oh, no, por la crucecica
jurad que lleváis al cinto!

Señala una daga, con pequeña empuñadura de cruz, que traerá al cinto el castellano.

PERO GÓMEZ

Enarbolando la daga.

¡Pues bien, por ésta!... ¡No olvido,
Gadea, lo prometido!
Y cuando mi alma, en el juro, desentendiéndose, mienta
¡que Dios me lo tome en cuenta!

GADEA

¡Oh, dáisme la crucecica; la colgaré sobre el hatol
¡Todas las noches de Dios
le haré, rezando por vos,
las santiguadas, un rato!...

PERO GÓMEZ

Pues toma y guárdala, en seña
de lo jurado. Mas cuida
que es daga la cruz, mi dueña,
y porque no te haga herida,
¡despúntala en una peña!...

Toma Gadea la daga de manos de fronterizo: besa la cruz: enseguida le conde su filo en la palma de una mano y tiene una mirada siniestra y soñolienta, de brillo de acero, en la paz del tarde. Todo sin evocar otra sensación que la de un presentimiento vago. Ahora sonará, muy armonioso y con el pacto, el ruido de las esquilas de todos los rebaños que tornan al aprisco.

GADEA

Sintiendo, al mismo tiempo que Pero Gómez, la infinita melancolía del son y de la hora.

Van al aprisco...

PERO GÓMEZ

Después de una pausa.

Es la puesta...

GADEA

¡Y así será cada fiesta!...

PERO GÓMEZ

¡Con qué dulzura, en la paz de estos sonos pastoriles,
se acaba el día, serrana!

GADEA

Es la hora de los rediles...

PERO GÓMEZ

¡Es la hora, bajando al llano, de los recuentos de amor!

GADEA

¡Y es la hora en que cada oveja
la guardan con su pareja,
señor!

PERO GÓMEZ

Después de una pausa; un poco con-
movido, á su pesar; pero tendiéndole
una mano para acabar de una vez con
la serrana.

—¡Gadea, adiós!...

GADEA

Da un brinco, impulsiva, inconscien-
te y se planta en el camino, cerrándolo.

—¡No!

PERO GÓMEZ

¿Qué dices, Gadea?

GADEA

¡¡Que me engañais!!

PERO GÓMEZ

¿Pues con prometer no pago?

Quiere avanzar pero Gadea le re-
chaza, empujándole. Pero Gómez, al
sentirse empujado, grita:

¿Qué es ello?

GADEA

¡Defensa que hago
de lo que vos me llevais!

PERO GÓMEZ

Con tanto desdén como amenaza en
la voz.

¿Qué?...

GADEA

¡Que un día, en mi quintana,
pudo, muriendo, mi hermana
rendirle cuentas á Dios,
vestido el sudario blanco:
¡más por el mismo barranco
no rodaremos las dos!

PERO GÓMEZ

Echándolo á baladronada, cuando
ve la actitud resuelta de Gadea.

¡Y harás bien!... ¡y habla al primero
que puso pié en el otero!...
pero yo soy capitán
fronterizo; por la sierra llevo mis leguas andadas
¡y sé que, en la sierra, están
todas las sendas trilladas!

GADEA

A gritos y á sollozos; todo, hasta el
final, rapidísimo.

¡Basta!... ¿Os quedais?

PERO GÓMEZ

¡No me quedo!

GADEA

¿Me dejáis que os siga?

PERO GÓMEZ

¡No:

y sigo adelante yo;
porque quiero y porque puedo!

GADEA

Cerrándole el paso.

¡No!

PERO GÓMEZ

Decidiéndose a luchar con ella.

¡Pues que la fuerza te haga
volver de tu sinrazón!

GADEA

Esperándole, agazapada, como un
alfamaña salvaje.

¡Pues que vuestra propia daga
vos encuentre el corazón;
y así usaré de la seña
como me dijisteis!...

PERO GÓMEZ

Lanzándose.

¿Qué?

GADEA

Dando un bote en el camino y abalanzándose á él con la daga en alto.

¡Que llegó el momento de
despuntarla en una peña!

Pero Gómez esquivo el golpe hábilmente; enseguida detiene la mano armada, agarrándola; apresa con la otra á la serrana por el talle y la derriba, echándola contra las piedras de la choza.

PERO GÓMEZ

¡Ah, de la gafa zahareña!
¿Cómo á las mientes me vino
de darte buenas razones,
si me bastan empellones
para écharte del camino?...
¡Ah, la ruin heda!... ¡Y jamás
vuelvas á verme, ni yo sepa de ti dónde estás!

GADEA

Reaccionando nuevamente hacia su amor leal, al sentirse herida por la desdeñosa maldición del fronterizo; con horror de su abandono; llorando y riendo á la vez; queriendo convencerle de que lo ocurrido fueron burlas; dulcísima y desgarradoramente; arrastrándose á sus pies.

¡No... perdonáisme!... ¡burlaba!... ¡Fronterizo!... ¿habéis creído?

PERO GÓMEZ

Conmovidó á su pesar por el tono de la voz y volviendo la cabeza mal humorado.

¡Si son tus burlas así!...

GADEA

Acaso... nunca lo han sido;
¡pero hoy sí!
que, con el dolor sufrido,
con lo que me habéis herido,
con el temor del olvido
me cegué... ¡pobre de mí!
—Mas burlas, burlas han sido...
¡Refos de mis enojos, señor, que lo he merecido!
Porque me cegué... ¡por eso
perdón de cegarme os pido!...
Fué el amor... ¡siempre se ha oído
que amores quitan el seso!...

De rodillas y besando la cruz de la daga.

PERO GÓMEZ

Volviendo un paso atrás.

¡Gadea!...

GADEA

¡A esperarte, yo!
¡Tú, sabe Dios dónde irás!

PERO GÓMEZ

Volviendo á impacientarse.

¿Pues á la fuerza engañó
todo el que ama?

GADEA

Dulcísísimamente.

—¿Volverás?...

Sin dejarle contestar.

—Con el gesto nada más:
¡pero no digas que no!...

Pero Gómez, tratando de aquietarla con sus caricias, después de abrazarla fríamente sale: todavía en el puerto se le verá volverse á darla su adiós, en un gesto de vaga esperanza. Gadea sonreirá, despidiéndole, mientras el fronterizo puede verla. Apenas ha desaparecido su cara toma una expresión trágica de abandono y desesperación.

¡Sola!... ¡más no volverá!... ¡Te sigo, hermana!...

Apretando contra su pecho la cruz de la daga que le dejó el fronterizo.

¡Ventura

que él, á pedazos se lleva mi corazón á los llanos,
¡pero me deja en las manos
la cruz de mi sepultura!

Pausa: algún son de esquila aislado, como al comenzar el diálogo.

¡Solal...

Se deja caer desplomada contra el
quicio de su choza.

...¡Yo non lo dijera
que la soledad del monte
tan sola me pareciera!

Puesta, en la sierra... Algún canto
lejano...

TELÓN

EL GAVILÁN DE LA ESPADA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONSO REYES"
275 MONTERREY, MEXICO